

LAS SUGERENCIAS DE LA CARNE

■ CLETO SANCHEZ VELLISCO

DIRECTOR GENERAL DE SANIDAD DE LA PRODUCCION AGRARIA

Contrariamente a lo que pueda pensarse, la primera aproximación de España a la modernidad no llegó por la vía de la industria del automóvil sino a través de la genética aplicada al engorde de pollos. Cuando el mítico "seiscientos" comenzaba a menudear por las carreteras españolas, aportando matriculas a la estadística de usuarios de coches, el socorrido "broiler" había disparado ya las tasas de consumo de carne por habitante y año.

Las bisabuelas de este inocente "broiler", aparentemente desvalido bajo su plumaje amarillo-limón, llegaron a España desde Estados Unidos como un ariete capaz de romper la autarquía. Detrás de estas estirpes puras se abrió camino con facilidad el complejo maíz-soja, un binomio de dependencia alimenticia cuya creciente demanda para sostener el nuevo modelo de producción de carne de ave le llevó a ocupar los primeros renglones en la estadística de materias primas importadas.

Con este modelo surgió en España la empresa ganadera intensiva, primero en la rama avícola y después en la porcina, como un instrumento capaz de elevar hasta límites exponenciales el consumo de carne en España. En ambos casos se trataba de especies de ciclo biológico corto, con un comportamiento productivo muy dinámico, que iban a dar respuesta a las necesidades alimenticias mediante un suministro proteico al alcance de todos los españoles.

El desarrollo de la ganadería intensiva, con la posterior incorporación del vacuno e incluso del ovino a este modelo, elevó las tasas de producción de carne en España hasta niveles que en algunos casos sobrepasaban el autoabastecimiento. Con ello aparecieron las primeras crisis de precios, pese a los mecanismos oficiales de intervención, cada vez que los tirones coyunturales del consumo acababan provocando una inflación en el censo de reproductoras.

El mercado interno aparecía ya como un área demasiado estrecha para los industriales cárnicos, si bien las posibilidades exportadoras estaban limitadas por una serie de barreras sanitarias que en muchos casos no eran más que instrumentos formales al servicio de otros intereses de orden comercial.

A principios de los ochenta surgió el primer intento de poner freno al crecimiento de la oferta mediante un plan de ajuste de producciones y mercados a medio

plazo. Estábamos a las puertas del ingreso de España en las Comunidades Europeas, cuando ya se barruntaba la quiebra del productivismo que llevó años más tarde a la reforma de la política común y con ella a un cambio en la orientación de los estímulos subvencionables. A partir de ese momento, nació la llamada agricultura sostenible como una condena implícita a cualquier conducta productiva que no siguiera el nuevo orden basado en el respeto al medio ambiente y en la extensificación de las prácticas agrarias.

CALIDAD TOTAL

En el supuesto de que la sociedad europea siga asumiendo la necesidad de pagar un precio político para sostener a su sector agrario –incluso a contracorriente de la ola de liberalismo que nos invade– no será a costa de sufragar las ineficiencias de un sector estratégico, sino en virtud de un valor superior: la conservación del medio ambiente.

Parece claro, en consecuencia, que los nuevos valores medioambientales están periclitando un modelo de producción ganadera intensiva cuyo principal activo era el de colocar en el mercado toda la carne que demandaban los consumidores a precios razonables. Esto es así porque el escándalo utilizado hasta ahora para medir los costos de producción en la ganadería intensiva no contemplaba los impactos derivados de las agresiones al medio ambiente.

Quizás resulte difícil de entender todavía una función productiva que no contenga los elementos clásicos de tierra, capital, trabajo y cambio tecnológico, pero casi nadie niega ya la importancia de los costos medioam-



bientales a la hora de evaluar todo el proceso bajo un concepto de calidad total.

En estos momentos nadie se atreve a asegurar con rigor que la carne producida en régimen extensivo sea más costosa que la obtenida mediante técnicas intensivas, por más que los índices convencionales de productividad inclinen el fiel de la balanza en favor de éstas últimas.

La introducción de nuevos factores que hasta ahora se consideraban residuales entre los costos productivos –especialmente los derivados del impacto ambiental– están cambiando las reglas del juego en el sector agroalimentario. Parece evidente que las eficiencias empresariales no se miden ya por la capacidad de un determinado sector a la hora de colocar sus productos en el mercado al menor coste posible, sino por la mayor o menor estructura organizativa para acercarse al concepto de calidad total.

Si bien las características organolépticas de un producto son necesarias para que éste alcance un determinado nivel de aceptación entre los consumidores, no son ya suficientes para darle el marchamo de calidad total que exigen las nuevas reglas del mercado. Cuando hablamos de calidad total estamos hablando de racionalidad productiva, de eficiencia transformadora y de idoneidad respecto a las pautas que marca la distribución.

Conviene tener en cuenta que en estos momentos no compiten productos, sino que compiten cadenas articuladas en todo el sistema agroalimentario.

LIBRES DE SOSPECHA

En paralelo con los valores medioambientales, la sanidad se está incorporando al concepto de calidad total como un factor de producción indispensable en la moderna empresa ganadera. Justamente, una de las mejores varas para medir el grado de modernidad de un país –antes que las tasas de consumo de carne– es la altura a la que tiene colocado su listón sanitario. Y en el caso de España, la incorporación a la Unión Europea ha

supuesto una elevación considerable de este listón sanitario hasta situarlo a un nivel muy próximo a las mejores marcas establecidas por los países miembros con mayor grado de desarrollo.

Las propias reglas del juego en materia de intercambios comerciales, tras los episodios del Mercado Unico y el nuevo marco del GATT, han dado también la medida de uno de los grandes retos de nuestra adaptación a la Unión Europea; esto es, ganar posiciones de confianza en materia de sanidad agraria que nos permitieran saltar ciertas barreras que, tradicionalmente, habían permanecido cerradas al tráfico para algunos productos agroalimentarios españoles.

No conviene olvidar que las barreras sanitarias han sido utilizadas con prodigalidad, por parte de algunos países, como instrumento de compensación a la competitividad del libre comercio. Por ello, la sanidad agraria española se ha visto obligada a emprender una veloz carrera para acabar con algunas enfermedades que, si bien no tenían demasiada importancia económica, representaban un serio obstáculo para la fluidez de los intercambios que ofrece la libre circulación por todo el territorio europeo.

Pero lo que define el día a día del funcionamiento del mercado internacional es el principio de la “confianza mutua” entre las Administraciones sanitarias de los diferentes países. Sin embargo, el cruce de intereses comerciales o políticos suele ser una interferencia frecuente que a veces amenaza con quebrar estas relaciones de confianza.

No conviene olvidar que la sanidad agraria de un país no es un fin en sí misma, sino un valioso instrumento de competitividad comercial y una plataforma de prestigio para quien consiga colocarla en el nivel más alto del listón.

Las preferencias de la Unión Europea hacia la explotación extensiva van a condicionar el modelo de sanidad animal de cara al futuro, entre otras cosas porque a rusticidad de una ganadería ligada a la tierra va acompañada de episodios patológicos mucho menos virulentos que los inherentes al ciclo intensivo. Ello va a suponer, seguramente, un mayor énfasis en las medidas profilácticas y preventivas como contrapunto a las grandes campañas de erradicación de enfermedades y al uso masivo de antibióticos.

Por fortuna, los productos veterinarios no son ya un remedio para situaciones desesperadas. La moderna sanidad animal hay que entenderla como un medio de producción, como un “input” del que va a depender en buena parte la racionalidad del manejo de los animales, la eficacia productiva y, sobre todo, el acceso al mercado con la adecuada aportación de los primeros factores que contribuyen a la calidad total. □

